

Agatha Christie®

SOPHIE HANNAH

LOS  
ASESINATOS  
DE  
KINGFISHER  
HILL



EL NUEVO MISTERIO DE HÉRCULES POIROT

  
ESPASA

SOPHIE HANNAH

LOS ASESINATOS  
DE KINGFISHER HILL

Traducción de Claudia Conde



Título original: *The Killings at Kingfisher Hill*

*The Killings at Kingfisher Hill*™ es una marca de Agatha Christie Limited

© Agatha Christie Limited 2018

AGATHA CHRISTIE®, POIROT® y la firma de Agatha Christie son marcas registradas en Reino Unido y en otros lugares del mundo

*Agatha Christie*

© por la traducción, Claudia Conde, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Citas literarias del interior:

Pág. 168: © William Shakespeare, *Romeo y Julieta* (Barcelona: Austral, 2015)

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-670-6135-2

Depósito legal: B. 20.941-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

## Reunión a medianoche

**E**sta historia no empieza a medianoche, sino diez minutos antes de las dos de la tarde del 22 de febrero de 1931. Fue entonces cuando comenzaron a pasar cosas extrañas, mientras Hércules Poirot y el inspector Edward Catchpool (su amigo y quien relata esta historia) estaban congregados con treinta desconocidos en la Buckingham Palace Road de Londres, en una masa dispersa sin demasiada proximidad física entre sus integrantes, pero fácilmente identificable como una unidad en su conjunto.

Nuestro grupo compuesto por hombres, mujeres y un bebé (una criatura meticulosamente envuelta por su madre en una manta que le confería aspecto de momia) estaba a punto de embarcarse en un viaje que ya me resultaba peculiar y enigmático, mucho antes de saber lo muy extraordinario que llegaría a ser en realidad.

Nos habíamos reunido junto al autobús que iba a trasladarnos desde Londres hasta el famoso complejo

campestre de Kingfisher Hill, cerca de la localidad de Haslemere, en Surrey, un lugar de extraordinaria belleza natural en opinión de muchos. Pese a habernos presentado con bastante antelación respecto a la hora programada para la salida, ningún pasajero había recibido autorización para acceder al vehículo. Por eso estábamos en la calle, tiritando de frío en la gélida humedad de febrero, golpeando el suelo con los pies y echándonos el aliento en las manos enguantadas para entrar en calor.

No era medianoche, sino uno de esos días invernales que nacen hambrientos de luz desde el alba y arrastran la escasez hasta el crepúsculo.

En el autobús había treinta plazas para pasajeros y éramos treinta y dos los que nos disponíamos a viajar: el conductor, un bebé en brazos de su madre y treinta personas más que ocuparíamos los asientos a ambos lados del pasillo central, incluido un representante de la compañía de transportes.

Mientras tiritaba al lado de Poirot, se me ocurrió pensar que yo tenía más en común con el niño de pecho que con cualquier otro de los miembros de nuestro grupo. Treinta personas del total de treinta y dos conocían la razón por la que pensaban viajar a su destino de aquel día. Poirot era uno de esos afortunados. También el conductor del autobús sabía la razón por la que se encontraba entre nosotros: para poner un plato de comida sobre la mesa familiar, una motivación particularmente poderosa.

El bebé y yo éramos los únicos entre los presentes

que ignorábamos por completo la razón de embarcarnos en el autobús pintado de colores chillones, y de los dos, sólo a uno de nosotros le preocupaba esa ignorancia. El único dato del que disponía era el destino final del autobús: Kingfisher Hill, un complejo privado de trescientas sesenta hectáreas, con club de golf, dos pistas de tenis y piscina diseñada y construida por el célebre arquitecto sir Victor Marklew, con agua climatizada todo el año.

Sólo los más adinerados podían permitirse una casa de campo en los tranquilos y boscosos parajes de Kingfisher Hill, pero eso no era impedimento para que londinenses de todas las categorías hablaran interminablemente al respecto. Y yo habría estado ansioso por franquear por primera vez esa bendita verja si Poirot no se hubiera empeñado en ocultarme la razón de nuestra visita. La sensación de saber aún menos que de costumbre me resultaba en extremo irritante. ¿Estaría a punto de conocer a una futura reina? En Scotland Yard había oído decir que la mayoría de los habitantes de Kingfisher Hill eran aristócratas y miembros de la realeza, y cualquier cosa me parecía posible en una excursión preparada por Poirot.

El autobús partió puntual a las dos de la tarde, y no creo que los acontecimientos que se produjeron antes de que el conductor anunciara en tono risueño la salida ocuparan mucho más de un cuarto de hora. Por lo tanto, puedo fijar con bastante confianza en las dos menos diez la hora en que reparé en ella, la mujer desdichada de cara inconclusa.

Ya que estamos, les diré que el primer título elegido para este capítulo era «Una cara inconclusa». Poirot lo prefería al que acabé adoptando y protestó cuando le comenté que lo había cambiado.

—Catchpool, tiene usted una desagradable tendencia a la obstinación irracional —me dijo, fulminándome con la mirada—. ¿Por qué se empeña en titular este importante capítulo de una manera que llamará a la confusión? ¡No sucedió nada importante a medianoche, ni ese día ni ningún otro! Era pleno día mientras esperábamos junto al autobús, convertidos prácticamente en bloques de hielo, sin que nadie nos explicara por qué no nos abrían las puertas del vehículo. —Poirot se interrumpió y arrugó el entrecejo. Esperé con paciencia a que desenmarañara en su fuero interno los dos motivos independientes de irritación que se habían mezclado en su invectiva—. Decididamente, no era medianoche.

—Ya lo aclaro en mi...

—En efecto, lo aclara. Es su deber, *n'est-ce pas?* Ha creado sin motivo la necesidad de explicar que una condición específica no se cumple. Es ilógico, ¿no cree?

Me limité a asentir. Habría parecido pretencioso si le hubiera respondido lo que estaba pensando. Poirot es el mejor detective en activo del mundo, pero no es un narrador de historias experimentado y a veces se equivoca. Describir como «pleno día» el ambiente de aquella tarde no se habría ajustado del todo a la realidad, como ya he señalado, y la medianoche —no la

hora, sino la palabra— tiene mucho que ver con el asunto que nos ocupa. Si las palabras *Reunión a medianoche* en la portada de un libro no me hubieran llamado la atención antes de ponernos en marcha aquel día, es posible que nadie hubiera resuelto nunca los asesinatos de Kingfisher Hill.

Pero me estoy adelantando y debo devolvernos a todos al frío de aquella calle. Yo sabía por qué nos hacían esperar bajo el azote del viento, aunque Poirot no cayera en la cuenta. La vanidad, como tantas veces sucede en los asuntos humanos, era la explicación; más concretamente, la vanidad de Alfred Bixby. El señor Bixby era el propietario de la recién inaugurada Compañía de Autobuses Kingfisher y quería que todos admiráramos la belleza del vehículo que estaba a punto de transportarnos. Desde nuestra llegada, no se había separado de nuestro lado, como atraído por la fuerza de la gravedad. Era tanta su emoción por tener entre sus clientes a Hércules Poirot que estaba dispuesto a ignorar a todos los demás. Por desgracia, no tuve la suerte de contarme entre los beneficiarios de su desdén, porque la proximidad de mi amigo garantizaba que yo también tuviera que padecer cada una de las palabras que le dirigía a Poirot.

—¿No le parece espléndido? ¡Naranja y azul como un martín pescador! ¡Brillante como un pimpollo! ¡Mire esas líneas! ¡Qué hermosura! ¿No opina lo mismo, monsieur Poirot? ¡No verá nada igual en la carretera! ¡Con los últimos adelantos! ¡Lo más lujoso del mercado! ¡Mire esas puertas! Encajan a la perfección.



Toda una proeza del diseño y la ingeniería. ¡Mírelas bien!

—Impresionante —dije, convencido de que sólo nos permitiría acceder al vehículo cuando lo hubiéramos admirado lo suficiente por fuera.

Poirot soltó un gruñido, reacio a fingir admiración.

Bixby era un hombre delgado, de aspecto anguloso, con ojos saltones de mirada fija. Cuando reparó en dos mujeres enfundadas en abrigos y sombreros que venían caminando por la acera de enfrente, nos las señaló y dijo:

—¡Llegan tarde, ja, ja, ja! Tendrían que haber reservado con tiempo sus asientos. Si quieres viajar con la Compañía de Autobuses Kingfisher, no puedes dejarlo para el último minuto, porque te arriesgas a quedarte sin billete. ¡Ja, ja! ¡Lo siento, señoras! ¡Otra vez será! —exclamó.

Las dos mujeres debieron de oírlo, pero no le prestaron atención y siguieron andando con tanta determinación como antes. Apenas habrían reparado en nuestra presencia si Bixby no se hubiera dirigido a ellas. No tenían ningún interés en la Compañía de Autobuses Kingfisher, ni en el vehículo naranja y azul que la representaba. La actitud desesperada y poco digna de Bixby me hizo pensar que su empresa quizá no era tan próspera como se empeñaba en asegurarnos.

—¿Lo has oído? El señor Bixby acaba de rechazar a dos pasajeras —dijo cerca de mí un hombre a su acompañante.

—Con toda la razón, si no habían reservado sus bi-

lletes —replicó éste—. ¿Acaso no ha dicho Bixby que ya estábamos todos, cuando ha repasado la lista de pasajeros? No puedo entender por qué la gente no planifica las cosas con tiempo.

Irritado como estaba aquel día, me fastidió todavía más que el poco elegante artificio de Bixby consiguiera engañar al menos a dos personas.

Seguí haciendo gestos afirmativos y comentarios vagamente apreciativos en los momentos que me parecieron correctos mientras Bixby nos explicaba cómo había fundado su empresa: la falta de iniciativa de la mayoría de la gente y su incapacidad para imaginar cosas que aún no existían...; el hecho de tener una propiedad en Kingfisher Hill, gracias al éxito de anteriores inversiones, y la dificultad para desplazarse hasta Londres pese a la relativa cercanía geográfica...; su negativa a dejarse paralizar por el temor, incluso en el actual estado catastrófico de la economía nacional y mundial...

Recuerdo haber pensado: «Si Alfred Bixby tiene una casa en Kingfisher Hill, entonces no es cierto que sean todos aristócratas o miembros de la realeza». Eso fue segundos antes de reparar en la expresión de horror de una mujer sola, situada en la periferia de nuestro grupo, momento en el cual todas las demás consideraciones pasaron a un segundo plano.

—Una cara inconclusa —murmuré.

Nadie me oyó. Para entonces, Alfred Bixby estaba castigando a Poirot con una enumeración de los muchos fracasos del primer ministro Ramsay MacDonald

y su «gobierno rusófilo de truhanes y réprobos», y sus palabras sofocaron las mías.

Calculé que la mujer debía de tener unos veinte años. Llevaba un elegante abrigo verde con sombrero a juego, por encima de un vestido desteñido y casi incoloro que parecía haber soportado más de un centenar de lavados. Los zapatos estaban muy gastados.

La joven no carecía totalmente de atractivo, pero tenía la piel pálida y anémica, y todos sus rasgos transmitían la misma sensación, como si les faltara un último toque que les podría haber conferido una belleza más convencional. Tenía los labios finos, pálidos y retraídos, y sus ojos hacían pensar en dos pozos oscuros. En general, toda su cara parecía reclamar un poco más de forma y de detalles, como si aún no hubieran salido a la luz elementos escondidos bajo la superficie.

Pero todo eso es secundario. Lo que de verdad me fascinó y alarmó fue su expresión de miedo, disgusto y profunda desdicha, todo a la vez. Era como si acabara de sufrir, apenas unos minutos antes, la experiencia más espantosa e inquietante que pudiera imaginar. Tenía la mirada fija en el autobús, una mirada extraviada de ojos desencajados imposible de justificar por el rechazo que pudiera causarle la estrecha asociación entre aquellos particulares tonos de naranja y azul, por muy intenso que fuera su disgusto. Si el vehículo no hubiera sido un objeto inanimado, habría sospechado que aquella mujer lo había visto cometer un crimen de inigualada crueldad mientras todos los demás estábamos distraídos.

Parecía estar sola, de pie en la periferia de nuestro pequeño grupo. No dudé en acercarme.

—Disculpe la intromisión, pero parece haber sufrido una experiencia desagradable. ¿Puedo ayudarla en algo?

Era tan extremo el horror pintado en su rostro que ni por un momento me paré a pensar si no me estaría confundiendo en mi apreciación, o si estaría viendo problemas donde no los había.

—No, gracias.

Su respuesta fue poco contundente. Parecía abstraída.

—¿Está segura?

—Sí, yo... Sí, gracias.

Dio cuatro o cinco pasos en dirección al autobús, alejándose de mí.

No podía insistir en ayudarla si ella se negaba, de modo que regresé con Poirot y Alfred Bixby, pero sin dejar de seguir los movimientos de la joven, que pronto se volvieron más agitados. Empezó a caminar en círculos, mientras sus labios se movían silenciosamente. En ningún momento, ni por un segundo, la expresión horrorizada se borró de su rostro.

Estaba a punto de interrumpir el monólogo de Bixby para llamar la atención de Poirot sobre el objeto de mi preocupación, cuando a mi izquierda una potente voz femenina se dirigió a mí:

—¿Ha visto a esa joven? ¿Qué demonios le pasa? ¿Se caería de la cuna y se daría un golpe en la cabeza cuando era pequeña?

La madre del bebé estrechó con más fuerza a su hijo entre sus brazos.

—No hay ninguna necesidad de ofender, señorita —dijo un anciano.

El comentario inspiró un murmullo generalizado de aprobación. Los únicos que seguían ajenos a toda esa actividad eran la mujer de la cara inconclusa y Alfred Bixby, que continuaba hablándole a Poirot, aunque éste ya no le prestaba atención.

—Parece alterada —señaló alguien—. Deberíamos consultar si su nombre figura en la lista de pasajeros.

Ese comentario desencadenó un coro de observaciones.

—El señor Bixby ya ha dicho que estamos todos.

—Entonces ¿por qué no abre las puertas? ¡Conductor! Usted es el conductor, ¿no? ¿Podemos subir ya?

—Si su nombre está en la lista, supongo que no puede ser una lunática fugada de un asilo cercano, aunque su conducta sugiere lo contrario —dijo la mujer de voz sonora.

Ella también era joven, más o menos de la misma edad que la mujer de la cara inconclusa. Su voz contradecía frontalmente la dureza de sus palabras. Tenía un timbre musical y femenino: ligero, luminoso, casi chispeante. «Si un diamante hablara, tendría su voz», pensé.

—Este caballero conversaba con ella hace un momento —indicó una señora mayor, agitando en mi dirección un dedo acusador, antes de volverse hacia mí—. ¿Qué le ha dicho? ¿La conoce usted?

—No, para nada —respondí—. Solamente he observado que no parecía sentirse bien y me he acercado para preguntarle si necesitaba ayuda. «No, gracias», me ha contestado.

—¡Señoras y caballeros! —exclamó Alfred Bixby, ansioso por dirigir nuevamente nuestra atención hacia el objeto de su orgullo—. ¿Ha llegado ya el momento de revelar el lujoso interior de este flamante autobús? ¡Yo diría que sí!

Mientras varias personas se precipitaban hacia el vehículo en sus ansias por refugiarse del frío, me hice a un lado y vi que la mujer de la cara inconclusa se alejaba de las puertas abiertas del autobús, como si tuviera miedo de que la devoraran. Detrás de mí, oí la voz de Poirot.

—Muévase, Catchpool. Ya he padecido lo suficiente su «aire fresco» inglés. Ah, veo que está observando a *la pauvre mademoiselle*...

—¿Qué le pasará? ¿Usted qué opina, Poirot?

—No lo sé, amigo mío. Puede que tenga comprometidas las facultades mentales.

—No lo creo —respondí—. Cuando he hablado con ella, me ha parecido lúcida y en su sano juicio.

—En ese caso, se habrá deteriorado desde entonces.

Volví a acercarme a la joven y le dije:

—Siento mucho importunarla una vez más, pero ¿está segura de que no necesita ayuda? Me llamo Edward Catchpool y soy inspector de policía de Scotland Yard...

—¡No! —Sus labios se retorcieron en torno a la

palabra—. No puede ser quien dice que es. ¡Es imposible!

Retrocedió para alejarse y chocó contra la mujer del bebé. Parecía como si sólo me viera a mí. La primera vez que me había dirigido a ella la había encontrado demasiado absorta en sus miedos y tormentos para prestarme atención. Ahora parecía completamente concentrada en mi persona, en exclusión de todo lo demás.

—¿Quién es usted? —exigió saber—. ¿Quién es realmente?

Poirot salió enseguida en mi defensa.

—Mademoiselle, puedo asegurarle que es verdad lo que le ha dicho. El inspector Catchpool y yo viajamos juntos. Mi nombre es Hércules Poirot.

Sus palabras tuvieron un efecto evidente. De pronto, la actitud de la mujer cambió. Miró a su alrededor y pareció notar por primera vez que su conducta estaba llamando la atención de muchos curiosos. Entonces bajó la cabeza y susurró:

—Discúlpeme, inspector. Por supuesto que usted es quien dice ser. No sé cómo he podido reaccionar de ese modo.

—¿Qué le sucede? —le pregunté sin más rodeos.

—Nada. Estoy bien.

—Me cuesta creerlo.

—Si necesitara ayuda, se la pediría, inspector. Le ruego que no se preocupe por mí.

—Muy bien —dije, aunque no me había convencido—. ¿Vamos?

Le señalé con un gesto el autobús, preguntándome si habría recuperado la compostura. Pese a su comportamiento errático, estaba seguro de que se encontraba en pleno dominio de sus facultades. No padecía ningún trastorno mental. El problema era emocional.

—Yo... ustedes... —titubeó.

—Vayamos a nuestros asientos, Catchpool —me ordenó Poirot con firmeza—. Usted y yo. La señorita prefiere estar sola.

En ese punto, la mujer de la cara inconclusa pareció claramente aliviada. Al ver que Poirot y ella se aliaban contra mí, tuve que reconocer la derrota. Mientras subíamos al autobús, tras dejar nuestras maletas con las del resto de los pasajeros, noté que la joven se alejaba. Pensé que quizá su nombre no figuraba en la lista de Alfred Bixby y que tal vez no pensaba viajar a Kingfisher Hill. Me di cuenta de que no llevaba equipaje. Tampoco parecía tener bolso de mano o monedero. Tal vez se había mezclado con nuestro grupo para esconderse de alguien. Puesto que jamás podría averiguarlo, decidí dejar de especular.

Una vez dentro del autobús, vi que la mayoría de los asientos estaban vacíos. La explicación era sencilla. Muchos pasajeros habían vuelto a salir, ansiosos por escuchar mi conversación con la mujer de la cara inconclusa. Cuando terminó el espectáculo, recordaron el frío que estaban padeciendo. Detrás de mí, en el pasillo, se formó una aglomeración de viajeros impacientes.



—Vayan pasando, por favor —nos instó el conductor.

—Sí, Catchpool, no se detenga —dijo Poirot.

Obedeciendo sus instrucciones, seguí avanzando por el pasillo, pero no pude evitar pararme en seco unos segundos después. Con el rabillo del ojo había vislumbrado un libro apoyado sobre uno de los asientos del autobús, con la cubierta hacia arriba y el título claramente a la vista. ¿Podría ser...? No, era imposible.

Estallaron exclamaciones de impaciencia, entre ellas las de Poirot, cuando retrocedí y obligué a los que me seguían a imitarme, sólo para mirar un poco más de cerca la cubierta del libro. Mi impresión inicial había sido errónea. El título era *Reunión a medianoche*. Parpadeé y volví a mirar. Sí, sin duda era *Reunión a medianoche*. Y, sin embargo, me había parecido ver unas palabras radicalmente distintas.

—¿Qué se habrá creído ese pájaro? —dijo una voz con acento americano, desde el atasco que se había formado en el pasillo—. ¡Eh, estamos esperando!

—*Alors, on y va*, Catchpool —me animó Poirot detrás de mí.

Entonces apareció una mano femenina que retiró el libro del asiento. Su rápida intervención interrumpió mi trance y me hizo levantar la vista. Era la mujer de voz de diamante que hacía comentarios poco amables. Se apretó el libro contra el cuerpo y me dirigió una mirada reprobadora, como si por el solo hecho de contemplar la portada hubiera dañado el volumen de forma irreparable.

—Lo siento, no ha sido mi intención... —mascullé.

Me escrutó con más ferocidad todavía. Su rostro tenía mucho en común con su voz. Con un toque de amabilidad y compasión, ambos habrían sido encantadores. De inmediato me resultó familiar. Aquella joven de pómulos bien delineados, rasgos delicados, ojos azules y etéreo cabello rubio coincidía exactamente con el ideal de mi madre, al menos en el aspecto físico. Todas las mujeres que me presentaba con la esperanza de que yo me casara algún día se parecían bastante a la del autobús, excepto por la expresión furibunda.

En el dedo anular de la mano izquierda, la propietaria de *Reunión a medianoche* lucía un anillo con un rubí bastante grande. «Lo siento, mamá, demasiado tarde —pensé—. Ya está prometida. Espero que el agraciado no sea muy sensible, porque de lo contrario no sé si podrá soportarlo.»

Me volví y me disponía a seguir avanzando por el pasillo del autobús cuando la joven hizo algo tan peculiar como mezquino. Inició el gesto de devolver el libro a su posición original, pero interrumpió el movimiento de manera muy ostensible, antes de depositarlo sobre el asiento. Dejó que la mano con que lo sostenía permaneciera un momento flotando en el aire entre nosotros. Su intención era inequívoca, y me dirigió una sonrisa rencorosa, consciente de que yo lo sabía. ¡Qué mujer tan desagradable! Estaba disfrutando del silencioso acoso contra mí. Su sonrisa decía: «No me importa que cualquier otra persona mire el libro,

pero usted no». Era mi castigo por mi molesta indiscreción.

Quizá tuviera su parte de razón. Probablemente mi interés por el libro había sido excesivo.

Cuando por fin ocupamos nuestros asientos, al fondo del autobús, Poirot me dijo:

—Por cierto, Catchpool, ¿qué ha sido lo que ha visto? ¿Era tan interesante como para causar un atasco en el pasillo durante tanto tiempo?

—No, no era nada. Una confusión mía. Enseguida he comprendido que había cometido un error.

—¿Qué clase de error?

—¿Ha visto el libro que estaba leyendo esa mujer?

—¿La hermosa mujer de mal carácter?

—La misma.

—He visto un libro, sí. Lo sostenía firmemente contra el pecho.

—Creo que tenía miedo de que yo se lo quitara —repliqué—. ¡Pero sólo pretendía echarle un segundo vistazo! Llevaba por título *Reunión a medianoche*. Cuando lo he visto por primera vez, me ha parecido ver el nombre «Reynard Meddlenotch» en lugar del título. Debe de haber sido la disposición de las letras.

—Reynard Meddlenotch —repitió Poirot, con evidente interés—. ¿El abogado? ¡Qué curioso! —Los dos habíamos conocido a Meddlenotch el año anterior, mientras Poirot resolvía uno de sus casos—. Es muy poco probable que un libro lleve por título el nombre de un letrado prácticamente ignoto.

—De hecho, no era el título. Ha sido una mala per-

cepción mía. No hace falta que hablemos más al respecto.

—En cambio, no sería de extrañar que Meddlenotch hubiera escrito un libro y que su nombre figurara en la portada —insistió Poirot.

—Meddlenotch no tiene nada que ver con el libro. No es el autor de *Reunión a medianoche*.

«Por favor —pensé—, acabemos ya con esto.»

—Creo saber por qué le ha parecido ver un nombre equivocado, Catchpool, y por qué ese nombre en concreto.

Esperé a que me revelara su intuición.

—Le preocupa la desdichada mujer que lo ha acusado de hacerse pasar por el inspector Edward Catchpool de Scotland Yard. La joven nos ha dicho que no necesita ayuda, pero usted no la cree y, por lo tanto, está vigilante ante el peligro y ante cualquier perjuicio que pudiera producirse. *Alors*, en la parte de su mente que no percibe su propio funcionamiento, ha establecido una conexión entre el incidente de hoy y uno de los muchos casos en los que ha participado y en los que ha hecho falta la intervención de un abogado.

—Puede que tenga razón. La mujer no ha subido aún al autobús, ¿verdad?

—No sabría decírselo, *mon ami*. No he estado atento. Tenemos asuntos más importantes que tratar. —Sacó del bolsillo del abrigo una hoja de papel doblada—. Lea esto antes de que arranque el autobús. No conviene leer a bordo de un vehículo en marcha. Es causa de estómago bilioso.

Le quité el papel de las manos, con la esperanza de que el texto me revelara el motivo de nuestra excursión a Kingfisher Hill, pero solamente encontré una excesiva cantidad de palabras escritas con la letra más menuda que hubiera visto en mi vida.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Una lista de instrucciones? ¿Para qué?

—Dele la vuelta, Catchpool.

Así lo hice.

—¿Ahora lo ve? Sí, son instrucciones. O, mejor dicho, reglas. Las reglas de un juego de mesa para el que hace falta un tablero y una serie de fichas redondas con ojos pintados. ¡El juego de los Vigilantes!

—Disculpe, Poirot, ¿ha dicho «ojos» u «osos»?

—¡Ojos, Catchpool!

Poirot abrió y cerró rápidamente los suyos, como para ilustrar su respuesta. Su expresión era tan absurda que me habría reído de no haber estado tan desconcertado.

—¿Qué es todo esto, Poirot? ¿Por qué lleva en el bolsillo el reglamento de un juego de mesa?

—No lo llevo en el bolsillo. —Sus ojos verdes echaban chispas—. Lo tiene usted en la mano.

—Ya me ha entendido.

—He traído algo más que las reglas del juego de los Vigilantes. También he traído el juego. Está en una caja, dentro de mi maleta —anunció con expresión triunfante—. Le he dicho que lea las instrucciones porque, en cuanto sea posible, usted y yo jugaremos una partida. ¡Tenemos que ser expertos en los Vigilantes!

tes y aficionados entusiastas! Como verá, se necesita un mínimo de dos jugadores.

—Explíquemelo, por favor —repliqué—. No me gustan los juegos de mesa. Es más, los detesto. ¿Y qué tienen que ver los Vigilantes con su empeño en llevarme a Kingfisher Hill? No me diga que no hay ninguna relación, porque no le creeré.

—No puede detestar los Vigilantes, Catchpool. Es imposible porque no ha jugado nunca. Intente abrir la mente, se lo ruego. Este juego no es como el parchís.

—¿Es como el Palé? Tampoco lo soporto.

—Se refiere al Monopoly, *n'est-ce pas?*

—Sí, también he oído que lo llaman así. Una espantosa pérdida de tiempo y de inteligencia.

—¡Ah! *Pourrait-il être plus parfait?* —Nunca había visto tan encantado a Poirot—. ¡Eso mismo debe decir, con esas palabras exactas, cuando lleguemos a casa de *la famille* Devonport!

—¿Quiénes son los Devonport? —pregunté.

—Debe asegurarse de que todos lo oigan. Tiene que hacerles saber que detesta el Monopoly.

—¿De qué está hablando, Poirot? No estoy de humor para... —Iba a decir «jueguecitos»—. Para sus excentricidades habituales.

—Ninguna excentricidad, *mon ami*. Léase las reglas, por favor. No tarde, porque el autobús está a punto de arrancar.

Con un suspiro, empecé a leer. O, mejor dicho, a mirar las minúsculas palabras tratando de concentrarme; pero, por mucho que lo intenté, no conseguí asi-

milar nada de lo leído. Estaba a punto de decirlo cuando oí la voz indignada de Alfred Bixby, que destacaba por encima del murmullo indistinto de las conversaciones a mi alrededor.

—Voy a darle una última oportunidad —dijo.

Tenía un asiento de pasillo, igual que yo, y por eso pude ver que se inclinaba hacia delante. Estaba sentado justo detrás del conductor, en la parte delantera del autobús, a la altura de las puertas, y se dirigía a alguien que se encontraba fuera del vehículo.

—Ningún autobús de la Compañía Kingfisher ha salido jamás con un solo minuto de retraso y no pienso acabar con la tradición. ¡Usted no es el único grano de arena en la playa, señorita! Tengo otros veintinueve pasajeros bajo mi responsabilidad, que no quieren llegar tarde, ¡entre ellos una madre con un niño de pecho! Así que decida: ¿viene o se queda?

—Es ella —murmuré cuando al cabo de un instante la mujer de la cara inconclusa apareció en el pasillo.

Parecía asustada, como si temiera que Bixby fuera a levantarse en cualquier momento de su asiento para darle una tunda. Bixby, por su parte, tenía todo el aspecto de estar conteniéndose para no hacer precisamente eso.

—Conductor, cierre las puertas —ordenó.

El conductor obedeció y puso en marcha el motor.

La mujer se quedó inmóvil en la parte delantera del autobús, con huellas de llanto en el rostro.

—Ocupe su asiento, señorita —la instó Bixby—. Solamente queda uno libre. No es como si hubiera una docena. ¡No le será difícil encontrarlo!

—Creo que tenía usted razón, Catchpool —dijo Poirot—. La conducta de *la pauvre mademoiselle* empieza a interesarme. ¡Mire con cuánta intensidad reflexiona! Tiene un dilema en la mente. Mientras no lo resuelva, no puede saber...

—¿Saber qué?

—Si desea venir con nosotros o no. La indecisión le está causando una angustia enorme.

Cuando el rumor desaprobador del resto de los pasajeros comenzó a intensificarse, la desdichada joven reaccionó y rápidamente fue a sentarse. Unos segundos más tarde, nos pusimos en marcha. No pasó mucho tiempo antes de que Bixby volviera a levantarse de su asiento para recorrer el pasillo y comunicarnos a todos, uno por uno, lo mucho que lamentaba que hubiésemos estado a punto de sufrir un retraso, antes de iniciar el que sin duda sería el trayecto por carretera más cómodo y agradable de nuestras vidas. El exagerado rugido del motor impedía oír bien sus palabras. Aun así, Bixby no hizo ninguna mención a esa circunstancia —ni para disculparse, ni para ofrecernos una explicación—, por lo que deduje que el estruendo nos acompañaría durante todo el viaje hasta Kingfisher Hill.

Cuando no llevábamos más de diez minutos de viaje y Bixby seguía repitiendo su pequeño discurso en el fondo del autobús, oí un sonoro gemido de aflicción. Procedía de varias filas delante de nosotros. Era la mujer de la cara inconclusa, que inmediatamente después de proferir el gemido se asomó de nuevo al pasillo.



—¡Detenga el autobús, por favor! —le suplicó a Bixby. A continuación se volvió hacia el conductor—: ¡Pare ahora mismo! Tengo que... Por favor, abra las puertas. No puedo quedarme aquí, sentada en ese asiento. —Lo señaló con un gesto—. A menos que alguien quiera cambiármelo, tendrá que dejarme salir.

Bixby meneó la cabeza, contrariado, y frunció los labios en señal de irritación.

—Escúcheme bien, señorita... —empezó a decir, mientras avanzaba hacia ella.

Entonces Poirot se levantó y se interpuso en el pasillo entre la mujer y Bixby.

—¿Me permite que intervenga, monsieur? —dijo con una inclinación de la cabeza.

El transportista pareció indeciso, pero al final asintió.

—Adelante, monsieur Poirot, mientras no suponga un retraso. Estoy seguro de que lo comprende. Estas buenas personas tienen hogares y familias que las están esperando.

—*Bien sûr*. —Poirot se volvió hacia la joven—. ¿Desea cambiar de asiento, mademoiselle?

—Sí. Es preciso. Es... es importante. De lo contrario, no se lo pediría.

Una voz clara y brillante que enseguida reconocí se elevó entre los pasajeros:

—Monsieur Poirot, tenga la amabilidad de complacer a esta señorita y ofrecerle su asiento. Prefiero tener por compañero de viaje a un detective de fama mundial antes que a una chiflada que no hace más que far-

fullar insensateces. Lleva quince minutos temblando y respirando agitadamente. Es muy exasperante.

¿De modo que *la pauvre mademoiselle*, como la llamaba Poirot, había estado todo ese tiempo sentada junto a la dueña del famoso libro? No me extrañaba que no quisiera quedarse ni un solo minuto más en su asiento. Probablemente habría cometido el error de mirar de soslayo la cubierta del libro y habría recibido una dura reprimenda.

—¿Qué problema tiene su asiento? —preguntó Poirot—. ¿Por qué lo quiere cambiar?

La mujer movió la cabeza en un errático gesto negativo y después exclamó:

—No va a creerme, pero... moriré si sigo sentada ahí. ¡Me matarán!

—Le ruego que me explique a qué se refiere —dijo Poirot—. ¿Quién la matará?

—No lo sé —contestó la joven entre sollozos—. Pero estoy segura de que el asiento es éste: séptima fila, a la derecha, del lado del pasillo. Si me siento en cualquier otro, no me pasará nada. Por favor, ¿querrá cambiármelo por el suyo? ¡Se lo suplico!

—¿Quién le ha dicho eso?

—¡El hombre! Un hombre... No sé quién era.

—¿Y qué le ha anunciado ese hombre que pasará si ocupa ese asiento en particular? —preguntó Poirot.

—¿No se lo he dicho ya? —gimió la mujer—. ¡Dijo que me asesinarían! «Présteme atención», me dijo. «Si no hace caso de mi advertencia, no saldrá viva de ese autobús.»